





LA FLOR DE ORO  
DEL CARIBE



Raúl Tort

LA FLOR DE ORO  
DEL CARIBE



Primera edición: septiembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Tort

ISBN: 978-84-18366-60-4

ISBN digital: 978-84-18366-61-1

Depósito legal: M-20911-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## Breves referencias

# LOS PROTAGONISTAS

### TAÍNOS

Coanabó: Cacique de Maguana. Jefe de la coalición contra los españoles.

Boechío (Behechío o Boekío): Cacique de Xaraguá, cuñado y aliado del anterior.

Anacaona: esposa de Coanabó, hermana de Boechío, heredera y reina de Xaraguá.

Higüeymota (o Higuamota): princesa taína hija de Anacaona y Coanabó, se casó con Hernando de Guevara

Hatuey (o Haübey): Capitanejo de Xaraguá, estuvo al frente de la resistencia aborigen en Cuba.

Baracutey: espía de Coanabó, amigo y guardián de Anacaona.

Guanacarix: cacique del Marién, primer amigo de los españoles.

Mairení: cacique del Marién, en pugna con el anterior. Estaba apoyado por su aliado Coanabó

Guarocínex: Cacique de Magua.

Guatiguana: Cacique que incendió una vivienda donde estaban guarnecidos cuarenta inválidos españoles

Maniacotex (o Manicatex): cacique taíno, hermano de Coanabó.

Mayobanex: cacique derrotado por Bartolomé Colón y que prestó luego voluntaria ayuda a los españoles.

Osená: Cacica que pare dos mellizos engendrados por el cristiano Miguel Díaz, los primeros mestizos legitimados en América.  
Catalina: cautiva de los caribes, rescatada por los españoles y amada por Guanacarix.  
Guanajatabenekena: liegua favorita de Boechío que habría sido enterrada viva con este, según relata Pedro Mártir.  
Buicacacú: behíque de la tribu de Coanabó, «el de los ojos zarcos».

## CONQUISTADORES Y FUNCIONARIOS REALES

Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel: Fernando II de Aragón 1452-1516 e Isabel de Castilla 1451-1504.  
Cristóbal Colón: 1436-1456, *el descubridor*.  
Bartolomé Colón: 1461-1514, su hermano, navegante y cartógrafo, poseía buenas dotes militares. Fue adelantado y gobernador de La Española.  
Diego (Giacomo) Colón: 1479-1526, hermano menor de los Colón. Colaboró con el almirante y luego del segundo viaje de este presidió el Consejo de La Española. La actividad de Bartolomé eclipsó la de Diego. Fue segundo almirante, virrey y tercer gobernador.  
Alonso de Ojeda: 1468-1515, aguerrido conquistador y navegante español, luego también Gobernador. Llegó a América en la segunda expedición de Cristóbal Colón. Exploró y conquistó vastas regiones americanas, descubrió el lago Maracaibo y fundó Santa Cruz.  
Nicolás de Ovando: 1460-1511, gobernador y administrador colonial de La Española desde 1502 a 1509 sucediendo a Francisco de Bobadilla.  
Hernando de Guevara: caballero español nacido en Sevilla, casó con Higüeymota, luego «Ana de Guevara».  
Diego Álvarez Chanca: médico, científico y humanista, fue a América en el segundo viaje de Colón y residió en La Isabela. Fue

- autor de unas conocidas *Relaciones* sobre La Española y de otras obras.
- Martín Alonso Pinzón: 1441-1493, navegante y armador español. Codescubridor de América. Acompañó a Colón en el primer viaje como capitán de La Pinta.
- Vicente Yáñez Pinzón: hermano del anterior, capitán de La Niña. Su otro hermano, Francisco Martín viajó como maestre de La Pinta.
- Rodrigo de Escobedo: escribano de la Armada. Fue con Colón en su primer viaje y murió en manos de los indios taínos.
- Rodrigo Sánchez de Segovia: veedor real en el primer viaje de Colón. Agente fiscal encargado de controlar los gastos de la expedición.
- Francisco Roldán Giménez: 1462-1502, alcalde mayor, designado como tal por Cristóbal Colón, se alzó contra su autoridad, aunque luego fue su aliado. Apresado por Bobadilla fue enviado prisionero a la Península.
- Bernardo Boill (o Boil): Fraile de la orden de San Benito. Arribó con Colón en su segundo viaje y dio en La Isabela la primera misa. Enemistado con Colón, fue su detractor al regresar a España.
- Diego de Arana: 1468-1493, rimo de Beatriz de Arana, compañera de Cristóbal Colón. Fue a La Española con Colón en su primer viaje, como alguacil de la armada. Quedó a cargo del fuerte de La Navidad y le mataron allí por los indios.
- Arturo Torres: Primer alcalde americano, designado como tal por Colón en La Isabela.
- Cardenal Pedro González de Mendoza: 1428-1495, hijo del Marqués de Santillana, eclesiástico, político, militar y mecenas, de gran influencia en la Corte de los Reyes Católicos
- Monseñor Juan Rodríguez de Fonseca: 1451-1524. político y eclesiástico, fue el primer conductor de la política colonial. Fue también obispo de Palencia y generoso mecenas. Su política difería con la de Colón, poniendo por encima los intereses de España frente a los requerimientos del descubridor.

Mosén Pedro Margarit (Margaride o Margarite): comandante militar en el segundo viaje de Colón. Había participado en la conquista de Granada y era miembro de la Orden de Santiago. descubridor de las Islas Margaritas.

Juan de Aguado: funcionario real, primer inquisidor de Colón

Francisco de Bobadilla: oficial de la Casa Real. Sustituyó al inquisidor Aguado. Gobernó La Española de 1500 a 1502. Juzgó y tomó prisioneros a Colón y a sus hermanos, a quienes envió a España. Falleció en altamar, cuando el barco que lo llevaba naufragó a causa de una tempestad

Adrián de Mujica (Mojica o Muxica): primo y partidario de Francisco Roldán, luego opuesto a este.

Pedro Riquelme: Alcalde de Bonaó. Tomó parte en el complot contra Roldán Diego Velázquez de Cuellar: 1465-1524, adelantado y primer Gobernador de Cuba.

## PERSONAJES VINCULADOS CON LAS HISTORIAS

Juan II de Portugal: 1455-1495, llamado *el Príncipe Perfecto*. Rey de Portugal, hijo de Alfonso V *el Africano* e Isabel de Coimbra.

Enrique *el Navegante*, infante de Portugal, hijo de Juan *el Vengador* y de Felipa de Lancaster. Impulsó los viajes de descubrimiento por la costa occidental y el norte de África

Preste Juan: también conocido como *presbítero Juan*. Personaje popular en los siglos XII a XVII, mítico rey cristiano del Oriente Medio, de quien se decía era descendiente de los Reyes Magos o que era el mismo apóstol Juan y poseía grandes riquezas por ser dueño de «La fuente del oro».

Pedro Covilhado: navegante portugués enviado por el rey Juan en la búsqueda del preste Juan.

Macham: navegante inglés al que algunas fuentes atribuyen presuntamente el descubrimiento casual de la Isla de Madeira.

Carlos VIII de Francia: sufragó el viaje de regreso a España de Bartolomé Colón.

- Enrique VII de Inglaterra: negoció con Bartolomé Colón el viaje que luego realizó Cristóbal.
- Fray Alonso de Marchena: monje franciscano que auxilió a Colón en el Monasterio de La Rábida.
- Juan Pérez: abad del Monasterio de La Rábida. Recomendó a Colón al confesor de la reina Isabel.
- Fernando de Talavera: prior del Monasterio de Oviedo y confesor de la reina Isabel de Castilla
- Miguel Díaz: mancebo aragonés que huyendo de la justicia se une a la cacica Osená, de quien obtiene una receta para curar el mal de bubas y la ubicación de un yacimiento aurífero.
- Bernal Díaz de Pisa: contador del segundo viaje, pretendió tomar una de las cinco naves que quedaban en las amarras de La Isabela para regresar a España y acusar a Colón de mentiroso y manipulador.
- Juan de la Cosa: navegante y cartógrafo español, autor del primer mapa americano. Participó como piloto mayor en la expedición de Alonso de Ojeda.
- Américo Vesputici (o Vesputio): navegante y polifacético geógrafo italiano que dio su nombre al continente americano. Participó en la expedición de Ojeda junto a Juan de la Cosa



LIBRO PRIMERO  
CRISTÓBAL COLÓN





# Capítulo I

## Cristóbal Colón y la Mar Océana

1

Podría haber comenzado esta historia en otro lugar y en otra fecha diferentes a los que he escogido. Podría quizás haberla iniciado en la corte portuguesa y en el día —desafortunado para el trono lisboeta— en el cual el rey don Juan II, recordado como *el Príncipe Perfecto*, desdeñó las propuestas del genovés<sup>1</sup> Cristóbal Colón, el hombre ambicioso y predestinado a la gloria que procuraba su apoyo para demostrar, en provecho propio y el lusitano, que era posible navegar hacia Las Indias manteniendo siempre rumbo fijo en dirección al poniente. El rechazo del soberano portugués a patrocinar tal aventura, encaminó al entonces capitán y futuro almirante a tentar fortuna en el otro margen del Tajo y con otros monarcas. Colón lamentó sin duda que el rey luso ya no tuviese a su lado al entusiasta Enrique *el Navegante*, príncipe con quien su proposición hubiera tenido probablemente mejor suerte, puesto que ambos tuvieron como objetivo en sus vidas paralelas la exploración de nuevas rutas maríti-

---

1 Respecto a la nacionalidad *genovesa* de Colón, personalmente me inclino a aceptarla, aunque son por demás conocidos los distintos orígenes que se le atribuyen, al igual que las diferencias sobre la raza a la que pertenecía. Cuando me refiero al descubridor lo hago desdeñando la artificiosa tesis que atribuyen el hecho del descubrimiento a Alonso Sánchez de Huelva, un marinero andaluz que habría sido el único sobreviviente de una expedición que llegó antes a las Antillas y que, en su lecho de muerte, le habría confiado al almirante su aventura.

mas y el aliciente de que estas los condujeran al hallazgo pródigo del oro, meta común de tantos afanes, en ese entonces tanto como hoy.

En efecto, el infante Enrique, hijo de Juan *el Vengador* y de Felipa de Lancaster, había buscado durante décadas el camino que llevara al *preste Juan*, o sea un derrotero que, rodeando África por el mar y culminando en Oriente, llegase así hasta el mítico reino del «Kahn» (su nombre derivaría de *Iohan*, o sea «Juan»), la misteriosa tierra de la cual habrían partido hacia Belén los «Reyes Magos» de la tradición esotérica cristiana y adonde Parsifal habría transportado el Santo Grial que se guardaba en Monsalvat. Podemos identificar dicho reino con una Etiopía idealizada y fantástica, en la que, según las creencias medievales, debería hallarse, entre otras maravillas, el «espejo mágico», un prodigioso cristal en cuya Luna podían verse misteriosamente reflejadas las comarcas distantes. Es esta una fábula de la que deriva toda la literatura especular de la edad media. Aquel *preste Juan* <sup>2</sup>, que conforme algunas leyendas se trataba del mismo Apóstol Juan, el discípulo de Cristo que nunca habría muerto y continuaba liderando un reducto cristiano en el entorno musulmán, y según otras, era descendiente directo de uno de los citados «Reyes Magos» (los «magistrados» del Evangelio), poseería un prodigioso venero que le proveía de inagotables riquezas. En procura de ellas, desde «La Ciudad del Infante» del Cabo de San Vicente, sita en el extremo suroccidental de su reino y donde se instaló la célebre y marinera «Escuela de Sagres»<sup>3</sup>. En-

---

2 El *Preste Juan*, fue un personaje popular en Europa de los siglos XII a XVII. Se dice que era un patriarca, «preste» en francés y de allí el título de “preste” con que lo conocemos. Se creyó un tiempo que su reino estaba en la India, luego en Asia Central y por último en Etiopía. Tanto el Emperador de Bizancio como el Papa habrían recibido misivas suyas. Era símbolo de la universalidad del cristianismo. Su búsqueda influyó en los viajes exploratorios de la baja edad media. Umberto Eco lo hizo personaje invisible de su fantástico «Baudolino».

3 La *Escuela de Sagres* fue creación del Infante Enrique, quien reunió allí científicos y técnicos para impulsar la navegación oceánica. En dicho centro se construyeron barcos, se trazaron mapas y se organizaron expediciones. A esta se debe el invento del tipo de embarcación denominado «cárcel», que tanto uso tuvo en años posteriores y cuyo diseño fue guardado cuánto se pudo como celoso secreto comercial. Se dice que los Templarios influyeron en su instalación.

rique vivió, a partir del año mil cuatrocientos diecinueve y hasta su muerte, ocurrida en mil cuatrocientos sesenta, obsesionado por descubrir aquella quimérica fuente de la fortuna. Un sesgo menos ingenuo de tales afanes se explicaría por la razón de ser Enrique gobernador de la Orden de Cristo, heredera esta de la otrora poderosa Orden del Temple y el haber tomado a su cargo la ardua e ímproba tarea de eliminar el dominio islámico del África del Norte, labor para la cual le habría parecido necesaria la ayuda del Preste Juan, de quien se sabía o creía, era un monarca poderoso y habría conquistado Ecbatana, la antigua capital de los Medas. No quiero adentrarme en el resbaladizo terreno de la vinculación del Temple con las migraciones y caminos iniciáticos, pero las naves de Colón llevaban pintadas en sus velas la cruz de dicha orden<sup>4</sup>. La guerra no era la actividad más adecuada para el príncipe Enrique, quien se había fogueado en esas lides acompañando a su padre en la toma de Ceuta, sino la más pacífica de los estudios, labor intelectual para la que estaba bien dotado. Dejando de lado los excesos de la imaginación —que cubre los huecos dejados por la falta de conocimientos reales—, era segura la existencia en aquel entonces de un enclave cristiano y que este podría haber sido la llave para la reconquista del Cercano Oriente. El plan del Infante, aunque geográficamente errado, no resultaba descabellado. Se trataba de navegar por la costa occidental de África del Sur hasta hallar un supuesto brazo del Nilo que desembocaría en el Atlántico —curso al que se había referido en la antigüedad el griego Eutimenes— y desde donde se podría acceder a las fuentes del Gran Río. Eos orígenes a los cuales solo siglos después llegaría Occidente a conocer, cuando John Hanning Speke alcanzase las orillas del lago Victoria, allá por mil ochocientos cincuenta y ocho.

---

4 Las *cruces* pintadas sobre la velas de las naves colombinas parecen haber sido aquellas que tienen dos cruceros iguales (griegas) con las aspas que se ensanchan en sus extremos (paté o céltica) y que fueron uno de los modelos adoptados por la cofradía del Temple, para distinguir su orden, aunque estos caballeros usaban preferentemente las que conocemos como de Caravaca o de Lorena, formada por la superposición de dos cruces, la más pequeña arriba (cruz patriarcal o *lignum crucis*).

Aun cuando Enrique no pudo cumplir por entero sus propósitos —la conquista de Tánger culminó en fracaso y poco o nada pudo hacer contra el islam—, las expediciones que propició llegaron a Senegal y Guinea, descubrieron el archipiélago de Cabo Verde, se abrieron camino por el norte de África y el distante Océano Índico... y entonces, finalmente el oro fluyó por rutas más seguras al reino de Portugal y en cantidades suficientes como para que se acuñasen los primeros «escudos» y «cruzados» de ese metal. Esto ocurrió bajo el reinado de Alfonso V, en las postrimerías del siglo XV, aunque dicen algunos eruditos en numismática que ya don Duarte I habría acuñado el primer «escudo» de oro de la historia portuguesa, durante su breve reinado de mediados del mismo siglo. Sin embargo, ninguna de esas monedas ha llegado a nuestros días. En sintonía con los afanes del Infante, un tal Pedro Covilhado recibió el encargo de don Juan II de buscar al ínclito preste Juan y su reino para vincularlos con el suyo. El enviado pasó por El Cairo, La Meca, Calcuta, Goa, Ormuz y Sofala, cruzó el Mar Rojo y parece que fue detenido en Abisinia, sin que nunca pudiera dar cuenta al rey de su misión. Un viajero contó que seguía vivo y que era un hombre influyente en la corte del magnífico preste. Dice un relato, poco verosímil, que la fiebre de descubrimientos nació de una aventura vivida por un inglés de apellido Macham, quien yendo a Francia con una mujer casada de la que estaba enamorado, se perdió en el mar a causa de una tormenta, arribando por azar a una isla desierta que habría sido la de Madeira. Relaté todo lo anterior por el paralelismo existente entre los planes y objetivos de Colón, los anhelos de Enrique *el Navegante* y el fallido intento de Juan II de relacionarse con aquel enigmático monarca de Oriente.

La historia y la leyenda se entrelazan. El raciocinio y la fantasía se complementan y hacen de las crónicas un caldo donde se mezclan hechos reales y ficticios. Afanes místicos y objetivos de dominio político y económico confunden sus propósitos y todo queda imbuido de una vaguedad que permite adicionar a las narraciones,

junto a las ficciones que se pretenda elaborar, cierto aliento poético y la propia percepción del cronista.

## 2

El sitio por mí seleccionado también podría haber sido el convento Franciscano de La Rábida, en Huelva, y el día preciso donde abrir el relato aquel en el que Colón acudió a sus claustros en busca de apoyo. Allí recibió generoso auxilio para el logro de sus objetivos, tuvo el aliento de fray Antonio de Marchena y se ganó las recomendaciones del abad Juan Pérez<sup>5</sup> para Fernando de Talavera, prior del Monasterio de Oviedo y confesor de la reina Isabel. Esos avales le permitieron ser recibido y escuchado en la Corte. En su iglesia oró Colón, como lo harían también los hermanos Pinzón, ante la imagen del Cristo del monasterio y de la talla de alabastro de la Virgen de Santa María de La Rábida, en procura de la benevolencia divina que creían necesaria para llevar a cabo sus proyectos. El cenobio de La Rábida era un sitio propicio para emprender tal aventura. Está emplazado en el alcor conocido como «Peña de Saturno», y según un antiquísimo códice, obra de Fray Felipe de Santiago, hubo en este, en tiempos de los fenicios, un ara donde se honraba al dios Baal, la deidad cananea a la que se acudía antes de emprender un viaje. Este culto se entroncaría luego con el tributado al Heracles griego, el de *los doce trabajos* y también incansable viajero. Más tarde, los romanos lo eligieron para venerar a la diosa Proserpina, aquella hija de Ceres y Júpiter raptada por Plutón que cada vez que regresa del Hades nos trae puntualmente la primavera. El azar, o cierta misteriosa

---

5 Un error común es confundir a fray Juan Pérez con fray Antonio de Marchena, llegando a crear un inexistente Juan Antonio Pérez de Marchena. La influencia de Juan Pérez le brindó a Colón la adhesión del contador mayor Alonso de Quintanilla y por su mediación la audiencia y estimación del Cardenal Mendoza como así también el contacto con fray Hernando de Talavera, confesor de la Reina Isabel, aunque este se opuso al proyecto colombino por preferir destinar todos los medios a terminar la campaña de Granada y considerar desmesuradas las pretensiones del navegante.

predestinación, hicieron que los árabes levantaran siglos después, en el mismo lugar, un edificio destinado a su culto musulmán. Estaba asistido por monjes-caballeros, semejantes en funciones a los de las órdenes cristianas. Era esa alcazaba una sede del tipo de las denominadas «rábida» o «rápita» —obvio origen del nombre actual—, bastiones que se emplazaban en las lindes del imperio islámico para defender las fronteras de sus dominios territoriales, imponiendo la doble valla de la fe y de la fuerza militar. Después de la expulsión de los moros el sitio perteneció a los templarios<sup>6</sup>, y la tradición asegura que fue el propio San Francisco de Asís quien fundó, acompañado por doce discípulos, el actual monasterio en el que fue a recalar Colón, como navegante que busca el amparo de un puerto hasta que se den tiempos propicios. El solar del monasterio constituyó durante muchos años refugio y fortaleza para protegerse de los frecuentes ataques piratas. La llegada de don Cristóbal a dicho lugar fue providencial. Si bien una bula de Eugenio IV otorgaba indulgencias a todos quienes desde este ayudaran a los viajeros necesitados, el auxilio prestado al capitán fue extremadamente pródigo y resultó fundamental para posibilitar sus viajes, no solo por facilitarle el acceso a la Corte, sino también porque fue el nexo que lo vinculó con Martín Alonso Pinzón —que está enterrado en su iglesia, en hábito franciscano, a los pies de la Virgen de los Milagros—. Don Martín era un armador de considerable fortuna, líder en la zona y muy conocido por los navegantes. Gracias a sus vinculaciones Colón pudo obtener tripulación y el imprescindible apoyo económico que necesitó para completar la provisión de sus barcos. ¡Quién no recuerda la imagen inmortalizada del descubridor llegando a las puertas de La Rábida en compañía de su hijo!... y si queremos tener otra visión pictórica, imaginémosles tomados de las manos, entrando como peregrinos bajo el arco de medio punto peraltado que da acceso al zaguán y trasponiendo luego el portal de sillería

---

<sup>6</sup> El *convento de la Rábida* tiene origen templario, como tantos otras catedrales, parroquias y templos que jalonaros el «camino de Santiago»

con arco conopial que se abre hacia el convento donde van a recalar sus esperanzas...

### 3

Tal vez podría haber situado el principio de la narración en el Reino de Castilla, en aquella ocasión en la que los Reyes Católicos, luego de cuatro años de estar acosados por Colón en insistente afán de conseguir su patrocinio, aceptaron finalmente los desmedidos requerimientos de títulos y prebendas que había osado hacerles el aventurero. De tal forma le brindaron el sostén político y económico indispensable que requería la empresa anhelada e hicieron posible su viaje a través del *Mar Ignotus* en procura de Cipango. Estaríamos entonces en la Vega de Granada, en el real instalado por Fernando en lo alto de la Alhambra al caer el reino Nazarí y presenciáramos el incesante ir y venir del suplicante, negociando con astucia y soberbia el patrocinio de sus majestades católicas. Tendría que relatar las entrevistas con el Arzobispo de Toledo y cómo desbarató sus recelos al enfrentar la ortodoxia bíblica respecto a las formas del mundo, también las conferencias que dio en el Consejo de Salamanca donde se evaluó su proyecto, todas y cada una de las veces en que desplegó sus argumentos ante los prohombres científicos, políticos y religiosos del reino y referir asimismo el transitar de Colón tras los reyes en sus desplazamientos... pero ello nos desviaría de mi propósito y lo dejaremos a un lado.

Tal era la perseverancia de Colón que, agotados sus argumentos más lógicos, había llegado a proponerle a los Reyes, para convencerles, la posibilidad de que la flota que le confiasen, continuara su derrotero —luego de haber llegado a las Indias— y atacase por sorpresa a los musulmanes desde un punto cardinal de donde nunca esperarían una agresión cristiana.

Las pretensiones del capitán fueron enormes. Quería tener participación de una décima parte de cuanto beneficio resultara de su viaje y de los que se devengaren como consecuencia de este en el

futuro, el título de virrey y gobernador de todas las tierras que descubriese, ser elevado a la nobleza y reconocido por último como «Almirante del Mar Océano».

Recordemos que Colón, desencantado ante la falta de respuesta a sus peticiones, había abandonado ya la corte castellana cuando fue alcanzado por un servidor a dos leguas de distancia del palacio. Fue llamado entonces a comparecer de nuevo ante los reyes, quienes habían cambiado —a último momento— de parecer y lo aguardaban en Santa Fe. Sin tal fortuita circunstancia, otra hubiera sido la historia. No solo la de Colón, sino la del mundo. En efecto, el capitán había iniciado hacia poco su camino, alejándose de Granada (hacia Sevilla dicen unos, hacia Segovia otros y rumbo a Francia asegura una tercera fuente). Empero, en el puente califal de los Pinos que atraviesa el Genil, un alguacil de la reina le rogó en nombre de esta que volviese atrás. La entrevista que más tarde tuvo lugar fue la feliz culminación de tantas fatigosas peticiones y de propuestas frustradas. Recordemos que en una oportunidad anterior, cansado de no obtener respuesta favorable de sus majestades, Colón había decidido abandonar España y acudir en cambio al auxilio de la corte francesa. Fue el citado abad Juan Pérez quien le hizo desistir de marcharse. Nuevamente el azar o el determinismo imponen el curso de los acontecimientos. ¿Qué fue lo que hizo cambiar de idea a doña Isabel? ¿Hasta dónde llegaba la orden de correr tras del ofuscado capitán? ¿Qué hubiera ocurrido si aquel hubiese cruzado el río y se hallare más lejos, o si el abad no le hubiere convencido antes de postergar su propósito de dejar España? Lo cierto es que Colón da marcha atrás y consigue lo que deseaba. Pedro Voltes quita al gesto real un aire heroico, apuntando que el proyecto de Colón era «recomendable, fundamentado y... barato». Cita dicho autor como antecedentes el descubrimiento de las Azores por Diego de Sevilla en 1437, quien «buscaba en el Poniente muchas tierras e islas que era fama había» y a los hermanos Juan y Álvaro Fonte, que en 1486 se arruinaron por alcanzar «las islas del Poniente del Océano».